

de gran peso y consideración; trocó los ánimos endurecidos que lo contradecían y los hizo favorables á la piadosa obra que había ya de ejecutarse. Sólo faltaba vencer á los parientes, que eran nobles, los que, atendiendo á la edad de D.^a Lucía, á su prosapia ilustre y muchas riquezas, tanto porfiaban en que admitiese segundo matrimonio, que no omitieron medio alguno para rendirla. Ella, acordándose de la profecía de Rosa y constante en el primer propósito, resistió valerosa, venció, triunfó, y arregladas todas las cosas, como deseaba y mejor de lo que imaginaba, para dar principio al nuevo monasterio de Santa Catalina de Sena, para edificarle y dotarle dió las cuantiosas riquezas que poseía, y finalmente se dió á sí misma, y con el sagrado hábito, tomando el nombre de Sor Lucía de la Santísima Trinidad, fué la primera Priora de su nuevo convento; propagando maravillosamente en sus súbditas con santas amonestaciones, consejos, ejemplo y vigilancia aquel espíritu de religión que tanto tiempo antes había libado de los labios de Rosa cuando recibió sus ósculos; y finalmente acabó allí sus días, quedando su nombre célebre y con fama de santidad. Este suceso tuvo la predicción de Rosa. De donde vino á ser que aquel convento vulgarmente se llame en Lima, ya de Santa Catalina de Sena, ya de Rosa, por cuanto ella le profetizó.



CAPÍTULO XXVIII

Se descubren á Rosa otros muchos sucesos ocultos por revelación divina.

EL MISMO Padre Juan de Villalobos, de la Compañía de Jesús, de quien ya hemos hecho mención, afirmó con juramento, como testigo de ciencia cierta, examinado en el proceso, que por experiencia había descubierto en Rosa espíritu profético. Porque habiendo rogado á la virgen que encomendase muy de veras al Señor un negocio de grande importancia y muy secreto, que no podía decir por lo mucho que importaba el estar oculto, y que por consiguiente era justo que él fuese el primero que le callase; Rosa, fijando los ojos en el rostro del Padre por breve espacio de tiempo, cosa pocas veces usada de la virgen, como si leyera todo el caso en un libro abierto, se sonrió modestamente; y de tal modo le respondió, que pudo colegir fácilmente que en aquel instante la había Dios revelado cuanto la ocultaba el Padre. Por lo que atónito del suceso, lo comunicó con el P. Antonio de la Vega Loaisa, varón integérrimo de la misma Compañía,

quien le aseguró que otro tanto le había sucedido con la virgen al R. P. Felipe de Tapia, Rector del Colegio de Callao.

Doña Micaela de la Masa, hija del contador D. Gonzalo revolvía dentro de sí misma ciertos pensamientos que á nadie había comunicado ni tenía intento de hacerlo á persona alguna. Llegóse á ella Rosa con familiaridad y llaneza; refirióla cuanto en su corazón guardaba como si estuviera patente; y dióla también principios y reglas saludables para que se gobernase en los intentos que pretendía. Quedó D.^a Micaela con no pequeña admiración y espanto, conociendo que ni aun los secretos del corazón se reservaban á la virgen.

María de la Mesta, mujer de Medoro Angelino había tratado á solas con su marido sin descubrirlo á ninguna otra persona, de volverse los dos á España y de la cantidad de moneda que sería necesaria llevasen para pasar con comodidad y con honra. Fué después á tratar con Rosa de otras cosas más necesarias y precisas para el momento. Rosa torciendo la conversación poco á poco, respondió no sólo á lo que entonces se la preguntaba, sino á lo que tan secretamente había tratado con su marido; como si también acerca de aquel intento la hubiesen preguntado. Dijo que era acertada resolución la que habían tomado, señaló la misma cantidad que los dos habían determinado para pasar lo que les quedaba de vida, y dijo: «Que era bastante, pues no tenían hijos» Absorta quedó la mujer oyendo á la virgen; y confesó ingenuamente que no pudiera decirle más, si se hubiera hallado presente á la plática que había tenido con su marido.

Más admirable pareció lo que hizo con el P. Fr. Juan Miguel, religioso de la Orden de Santo Domingo. Había vuelto dicho Padre á Lima, después de una larga jornada y hablando con Rosa en la capilla de San Jerónimo, vió que le refería puntualmente lo que muy lejos de allí le había sucedido, y de lo que por consiguiente no podía ella tener noticia alguna por medios humanos.

Demás de esto conoció con toda evidencia que no había seno en su alma que no estuviese patente á Rosa con la luz clara que el Señor la comunicaba.

Estaba Rosa con otras muchas matronas en la iglesia de Santo Domingo encomendando á Dios la buena muerte de María de Vera, que estaba agonizando en casa de D. Diego de Requena, platero. Llegó, mientras estaban ejercitándose en este oficio de caridad, la triste nueva de que ya había espirado. Atemorizadas las que allí estaban, miráronla al rostro. Ella, levantando los ojos al cielo y volviéndoles de repente á las circunstancias les dijo: No hay que llorar que no es muerta nuestra amiga, vive María de Vera; sólo hemos de rogar á Dios que tenga buen suceso en la convalecencia. Vivió la enferma, convaleció, pero á expensas del milagro que obró con ella Rosa.

Cierto religioso de la Compañía de Jesús, varón verdaderamente apostólico y de gran virtud, no se sabe con qué fundamento, estaba firmemente persuadido que había de morir sin duda alguna aquel año de 1615. El deseaba con verdad verse libre de las prisiones del cuerpo, para vivir en la gloria con Cristo. Estando una vez visitando á la mujer del contador D. Gonzalo y presente Rosa, tomó ocasión de la plática para pedirles con humildad y aprieto que encomendasen á Dios su partida, que infaliblemente había de suceder antes del año nuevo, que estaba muy cercano. Horror la causó á la mujer del contador oír tal cosa; más Rosa riéndose suave y modestamente dijo: «No tengáis miedo, Padre mío, este año que viene no saldréis del mundo, así te lo prometo con seguridad y certeza.» El Padre por el contrario estaba fijo en decir, que era indudable su jornada y que esto era lo que más deseaba y esperaba con más vivas ansias; y que no podía sucederle cosa más feliz que si acabando de decir misa, pagase el común tributo de la muerte, restituyendo el espíritu á su Criador. Tomaba cada día más cuerpo la opinión que tenía el buen Padre tan fija en el ánimo; juzgando que esta-

ba ya muy cercano el término de su vida; tanto que mudando el domicilio desde el colegio al noviciado, no sólo se despidió de los compañeros, sino también de los árboles, de las cercas y de toda la casa, como quien nunca los había de volver á ver con sus ojos. Todo esto daba gran cuidado y pena á la mujer de D. Gonzalo, quien sentía mucho perder tan presto un Padre que con tanto acierto regía su conciencia; por lo cual, volviendo los ojos á Rosa, como á un asilo de su consuelo la preguntaba cada día mil veces con dolor y con angustia; y la pedía que mirase bien si era cierto que su confesor no había de morir tan presto. Otras tantas veces le respondió la virgen afirmándola lo que primero dijo y añadiendo: «Que perdiese todo cuidado y viviese segura.» Con todo esto temblaba la matrona todas las veces que oía la misa de su confesor, temiendo no fuese aquella la última, cumpliéndose el deseo que la tenía explicado. Finalmente la vigilia de Navidad yéndose D.^a María á confesar con su Padre, le envió á decir Rosa con la misma matrona: «Que diese ya de mano á aquella persuasión sin fundamento, de que había de morir antes de entrar el año nuevo, porque le hacía saber que Dios le reservaba para que hiciese mayores servicios, y que no moriría antes que con su diligencia y trabajo redujese á Dios muchas almas perdidas; que entre ellas le estaban señaladas cinco de mucha cuenta, dignas de su ministerio apostólico, que había de convertir al verdadero Dios adquiriéndolas para su majestad divina.» Esto había dicho Rosa á la matrona para consolarla y esto fué lo que comprobó el tiempo y los sucesos; porque vivió el Padre nueve años después que murió Rosa y cogió los admirables frutos que le había profetizado, convirtiendo muchas almas perdidas, El fué el primero de la Compañía que en misión predicó en la montaña que hoy se llama *Santa Cruz de la Sierra*, donde libertó á muchos indios del cautiverio del demonio; y finalmente acabó santamente su vida en la ciudad de Lima el año 1616.

El P. Fr. Bartolomé Martínez, de la Orden de Predicadores, Prior del convento de Santa María Magdalena de Lima y confesor de la virgen, con gran riesgo de la vida luchaba con una enfermedad gravísima, sumamente peligrosa. Dejado ya casi el cuidado de la salud del cuerpo, por orden de los médicos, á toda prisa acudía á los remedios del alma, que estaba de partida, recibiendo los Santos Sacramentos. Visitó al enfermo el P. Maestro Fr. Juan de Lorenzana, y sintiendo de repente superior instinto, comenzó á concebir confianza cierta de la salud del enfermo, diciéndole, que tuviese buen ánimo, que esperaba en el Señor que había de salvar la vida; porque acababa de ver en la iglesia un cirio encendido por su salud delante del Santísimo Sacramento; dando á entender con estas palabras á Rosa, á quien desde lejos había visto que estaba en aquel puesto, rogando á Dios con ardientes oraciones por el enfermo. Apenas había acabado de pronunciar estas razones el Maestro Lorenzana, cuando vino Fr. Juan Fernández, sacristán del convento, diciendo: que le enviaba Rosa, que quedaba en la Iglesia arrodillada delante del Santísimo Sacramento; para que de su parte asegurase al Prior: «Que no moriría de aquella enfermedad, aunque tenía tan rigurosos y mortales accidentes. Y que así no desmayase, porque había de convalecer más presto de lo que imaginaba; por cuanto disponía la suprema providencia que se emplease en una obra de gran servicio suyo, que había de ejecutar con gran satisfacción y diligencia. Tenía el Prior bien conocido el espíritu de Rosa, y así dió luego crédito á lo que le decían de su parte, sin dudar en nada. Al mismo tiempo despidió los temores de la muerte, y se halló sano de su dolencia.

El Maestro Fr. Luis de Bilbao, que también fué confesor de la virgen por espacio de catorce años, después de unas calenturas que él juzgaba estar del todo extinguidas, y á las que había perdido por consiguiente el temor y pensaba que estaba del todo bueno, se vió en-

vuelto de nuevo en las redes de la enfermedad, la que le apretó con más violencia que antes, reduciéndole á los últimos términos de la vida. Ya dudaban los médicos de su salud, y no sabiendo con qué medios atajar el daño, habían alzado la mano de las recetas. Ya el enfermo, á quien la naturaleza había dotado de voz sonora y clara, cerrado el pecho y por habersele perdido las fuerzas, apenas podía pronunciar palabra que se le entendiese. Con todo eso, como pudo, con voz débil y atenuada, y ayudándose de las señas, mandó que diesen noticia á Rosa del peligro en que se hallaba y que ella le dijese con toda claridad lo que sentía acerca de su enfermedad y el fin que podía esperar del aprieto que padecía; porque si Dios tuviese dispuesto que acabase entonces la vida, pudiese desde luego disponerse para aquel instante, de que pende la eternidad y el destino, para siempre irrevocable de la vida y muerte del alma. También le rogaba que no le desamparase en tiempo tan dudoso, ni disimulase ó dejase de advertirle cuanto le pareciese conveniente á su salvación; que aquel era el tiempo en que los amigos, más que en otro, debían decir las verdades; que ahora más que nunca esperaba recibir los obsequios de hija y experimentar el amor espiritual que como tal le tenía.

La virgen, aunque estaba apenada de lo que padecía su Padre, pero sin darle sobresalto lo que le referían, del riesgo y accidentes que le afligían, con rostro alegre y breves palabras respondió al mensajero: «Que nunca era fuera de tiempo prepararse con todo ahinco, solicitud y cuidado para el último trance, que tanto nos importa; que esta diligencia siempre era saludable y digna de alabanza. Mas que con todo eso esta enfermedad no era mortal. Convalecerá el enfermo y predicará con acierto y aplauso el triunfal día del Santísimo Rosario, que será muy presto. En el interin yo le enviaré mi Médico que asista á su cabecera, no aparte de él los ojos, ni dude que ha de sanar con brevedad y estar del todo bueno dentro de poco tiempo.»

Envió luego á su Padre una pequeña imagen del Niño Jesús, en quien tenía puestas todas sus delicias y esperanzas, vestida con decencia, aliño y curiosidad, á quien ella llamaba su Médico; aunque volvió á pedirla en convaleciendo el enfermo, porque le hacía gran soledad el carecer de su vista. Dió crédito el Maestro al vaticinio de Rosa, recibió al nuevo Médico como venido del cielo y recuperó las fuerzas perdidas con admiración de todos. Sólo en una cosa dudaba, no ocurriéndosele, cómo podía ser que hubiese de predicar en la solemnidad del Rosario, función en la que aquel año no le tocaba hacerlo; porque nombrándose por suerte un mes antes el predicador, como es costumbre en aquel convento, le había caído al Maestro Fr. Gabriel Zárate, Provincial de la Provincia del Perú. Con todo eso sucedió como lo había dicho la virgen, porque cayó enfermo el Maestro Zárate poco antes de la fiesta, no pudo predicar, y sin ser sabedor de la profecía, al fin encomendó el sermón al M. Fr. Luis de Bilbao.

Había conseguido que le diesen el hábito en el convento de Santo Domingo de Lima Juan de Soto, callando la enfermedad que padecía de gota coral; descubriéndose el defecto en el año del noviciado, y sabido, fué causa de que Fr. Alonso Velázquez, Prior que entonces era del mismo convento, juntando consejo, determinase que se le quitase el hábito; despidiéndole con los mejores modos que ser pudiese. Ya estaba decretado el día en que había de ejecutarse, y dado orden al Maestro de novicios Fr. Pedro de Loaisa para que así lo hiciese. Estaba todo esto tan oculto, que no podía humanamente haber venido á noticia de Rosa. Con todo eso el mismo día que estaba señalado para el efecto dicho, vino la virgen muy de mañana á la Iglesia, y rogó á Fr. Blas Martínez, que llamase al Maestro de novicios, y al Padre Prior, suplicándoles de su parte que bajasen, porque tenía un negocio que comunicarles antes que le pusiesen por obra. Vinieron entrambos admirados, por no saber que podía querer Rosa á hora tan extraña

y desacostumbrada. Apenas les vió cuando dijo, que venía á interceder por el novicio á quien querían despedir, y quitar el hábito; y que les rogaba, que revocasen tan riguroso decreto. Algo ofendido de la súplica, respondió uno de los padres. No sabéis madre en que mal tiempo viene la intercesión: y que poco remedio tiene lo que ha determinado el consejo de este Convento: y más siendo el novicio por quien se interpone la súplica, inhábil por derecho, para ser religioso. No se inmutó ni se alteró la virgen con respuesta tan desabrida, oyóla como mansa paloma, y dijo: Aunque todo sea así, el tiempo dirá que es muy contrario el decreto del Altísimo y de más fuerza que el vuestro; este novicio ha de profesar en la orden, y ha de ilustrarla con ejemplo insigne de piedad y religión. Todo sucedió como lo dijo Rosa.

Tres hermanas, cuyos nombres eran, Felipa, Catalina y Francisca, con el trato, y los ejemplos de Rosa iban aprovechando mucho en la escuela de la virtud. Felipa y Catalina deseaban de veras dejar el mundo, y vestir el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo; sólo Francisca estaba más asida al siglo y rehusaba hacer divorcio perpetuo en el mundo; no la agradaba el hábito religioso, dábale en rostro el vestir humilde, y poco curioso de las Terceras; era todo su gusto adornarse con las galas que entonces se usaban, y tenía la presa aquello en que las mujeres fundan su vanidad, el cabello, del que estaba sin duda muy pagada. Algunas veces la reprendía Rosa, afeando el demasiado empeño que ponía en los rizos y adorno de su tocado y le decía: «Estos tus cabellos en cuyo aliño tienes puesto todo el cuidado, yo los he de ver cortados, y no dudes de esto.» Y finalmente declarándose más, dijo después de algun tiempo: «Que Francisca, aunque estaba entonces de parecer contrario y Catalina habían de ser religiosas de la Tercera Orden de Santo Domingo: pero que Felipa, que por entonces tanto deseaba este feliz estado, al fin, ofreciéndose ocasión de casarse honrada-

mente, había de venir en ello, y consentir en el matrimonio. Los sucesos vinieron á confirmar la profecía de la virgen; porque los ardientes deseos que Felipa tenía de ser religiosa se pasaron al pecho de Francisca con admiración de todos. Aquella gozó del casto tálamo, admitiendo marido; entregó su mano y su corazón al esposo terreno que se la ofreció; y ésta juntamente con su hermana Catalina recibió el hábito religioso, aborreciendo, trocado por completo el corazón, la hermosura de los cabellos, la pompa y el siglo, y admitiendo el penitente estado con fervor y alegría indecible.

Dos vírgenes muy nobles, María y Juana de Bustamante, aunque eran muy amigas de Rosa, en nada pensaban menos que en ser religiosas; no obstante esto estando paseando un día con ellas en su huerto, llevada de un instinto sobrenatural, repentino y soberano, les dijo: «Sabed hermanas carísimas, que las dos, juntamente con vuestra abuela Luisa habéis de ser monjas en el convento de la Santísima Trinidad, y yo he de vivir en ese tiempo y tengo de verlo.» Estas tenían otra hermana llamada Francisca, tan aficionada á ser de la Tercera Orden de Santo Domingo, que no sabía hablar ni pensar en otra cosa; comunicando al fin sus intentos con Rosa, le fué respondido lo que después se vió por el efecto, y era: «Que ni había de ser religiosa de Santo Domingo, ni de otra orden alguna, antes había de sujetarse al legítimo yugo del matrimonio.» Sucedió así, pues dos años antes que muriera Rosa, que fué año de 1615, María y Juana con su abuela Luisa recibieron el velo de la Santísima Trinidad, mudándose los nombres, la primera en María de la O, la segunda en Juana de Jesús, y la abuela en Luisa de la Cruz, y Francisca se casó con Jerónimo de Villalobos.

Tenían Juan de la Raya y María Eufemia de Pareja un hijo único, llamado Rodrigo, el que era todo el consuelo de sus padres. Ellos, desde su primera edad le tenían destinado para que fuese Religioso de la Compañía de Jesús. Creció el niño sin descubrir inclinación